

dencia ó por malicia, acordaos únicamente que era hombre, y encomendadme á Dios.... »

Entonces besó el crucifijo que le presentó el sacerdote, y tendió al verdugo su cabaza que cayó de un solo golpe.

Hecha esta ejecución, el archiduque Sigismundo, el magrave de Baden, las ciudades de Strasburgo, de Colmar, de Haguenann, de Schelestadt, de Milhausen y de Baden entraron en negociaciones con las ligas suizas, y reuniéndose contra el comun peligro firmaron una alianza por diez años.

Después los señores del imperio, atravesando como aliados aquella Suiza, de quien habían sido ciento cincuenta años enemigos, cabalgaron hasta Zurich, se embarcaron en el lago, y en medio del inmenso concurso que acudía de las ciudades y bajaba de las montañas, fueron piadosamente á cumplir sus devociones á Ensielden al convento de Nuestra Señora de las Ermitas,

Estas fueron las noticias que supieron el duque de Borgoña en Naney, y el rey Luis en Lyon; fueron llevadas al primero por Estéban de Hagembach, que iba á demandarle venganza por su hermano, y al segundo por Nicolás de Diezbach, que iba á pedirle socorro en nombre de las ligas.

TOMA DEL CASTILLO DE GRANDSON.

El rey de Francia se apresuró á concluir un tratado con los Suizos, comprometiéndose á darles socorro y ayuda en sus guerras contra el duque de Borgoña y á hacerles pagar en su ciudad de Lyon veinte mil libras al año; ellos por su parte ponían á su disposición cierto contingente de soldados.

Casi al mismo tiempo que á Luis de Francia enviaron los Suizos una embajada á Carlos de Borgoña; pero este, al contrario del rey, les recibió muy mal, y les declaró que se preparasen á recibirle, pues iba á hacerles la guerra con todo su poder. A esta amenaza se inclinó respetuosamente el mas anciano de los embajadores y dijo al duque: — «Nada teneis que ganar contra nosotros, monseñor, nuestro país es árido, pobre y estéril; los prisioneros que nos hagais no tendrán con que pagar ricos rescates, y hay mas oro y plata en vuestras espuelas y en las bridas de vuestros caballos, que el que hallareis en toda la Suiza.»

Pero el duque habia tomado su resolución, y el 11 de enero dejó á Nancy para ponerse á la cabeza de su ejército. Aquello era un asamblea real cuyo poder hubiera hecho temblar al soberano de Europa que hubiese querido hacer la guerra. Habíase llevado consigo treinta mil hombres de la

Lorena; el conde de Romont se le había reunido con cuatro mil saboyardos, y seis mil soldados llegados del Piamonte y del Milanésado; le aguardaban en las fronteras de la Suiza, además, otros de diversas lenguas y comarcas, formando entre todos, según dice Comines, cincuenta mil hombres, y quizá más. Tenía á sus órdenes al hijo del rey de Nápoles, á Felipe de Baden, al conde de Romont, al duque de Cleves, al conde de Marle, y al señor de Chateau-Guyon: los equipajes que tras sí llevaba recordaban por su magnificencia los de los antiguos reyes asiáticos que como él iban á aniquilar á los Espartanos, aquellos Suizos del antiguo mundo.

Lo más notable de aquellos era la capilla y la tienda, siendo de oro todos los vasos sagrados de la primera, que contenía además los doce apóstoles de plata, una caja de san Andrés de cristal, un magnífico rosario del buen duque Felipe, un devocionario cuajado de pedrería, y una custodia de maravilloso trabajo y de una incalculable riqueza.

En fin, la tienda estaba adornada con su escudo de armas formado de un mosaico de perlas, zafiros y rubíes, vestida de terciopelo encarnado enlazado con una hiedra cuyas hojas eran de oro, y el tronco de perlas, y recibía la luz por unos vidrios de colores sujetos con varillas de oro. En esta tienda guardaba sus armaduras, sus espadas y puñales; cuyos puños deslumbraban con los zafiros, rubíes y esmeraldas, sus lanzas de punta de oro, y astas de marfil y ébano, toda su vajilla y alhajas, su sello que pesaba dos marcos, su collar del toison, su retrato y el de su padre. En esta misma tienda recibía por las mañanas á los embajadores de los reyes, colocado sobre un trono de oro macizo y por la noche

recostado sobre una piel de león, oía leer la historia de Alejandro, en un magnífico manuscrito, en el cual había sustituido su retrato y el de los señores de su corte, al del vencedor de Porus y de los capitanes que después de su muerte debían partir entre sí su imperio. Sin embargo, su héroe predilecto era Aníbal, y si no había encerrado, decía él, á Tito Livio, en una cajita de oro, como hizo Alejandro con Homero, era porque encerraba á Tito Livio entero en su corazón, que era el más noble tabernáculo que se podía encontrar en la cristiandad.

Al rededor de la capilla y del pabellón real, cuyo servicio daban lacayos, pajes y arqueros, con trajes resplandecientes de oro, se levantaban cuatrocientas tiendas en que se alojaban todos los señores de su corte y toda la servidumbre de su casa. Luego venían los soldados, que precisados á acampar y siendo tantos en número, incendiaban las aldeas para calentarse; porque, lo hemos dicho, la estación era aun muy cruda: después, en fin, y para las necesidades de los placeres de aquella multitud, seguían en número de seis mil los vendedores de comestibles de vino é hipocrás y las muchachas de alegres amores. El ruido de tal muchedumbre que resonaba en los valles del Jura, se extendió muy pronto hasta las montañas de los Alpes. El anciano conde de Neuchatel, el margrave Rodolfo, cuyo hijo Felipe de Baden estaba en el ejército del duque, y era aliado de los Suizos, vió desde las alturas del Hasenmatt y del Rothellue adelantarse todo aquel poder.

Juntó al momento quinientos vasallos suyos, puso guarniciones en los castillos que dominaban los desfiladeros, entregó su ciudad de Neuchatel en

manos de los confederados, y se fué á Berna donde los confederados habian establecido el centro de sus operaciones. A las noticias que trajo conocieron los de Berna que no habia tiempo que perder, y escribieron al momento á sus confederados de las ligas suizas y á sus nuevos aliados de Alemania para pedirles socorro y proteccion. « Pensad, decian á los últimos, que hablamos el mismo lenguaje, que formamos parte del mismo imperio; porque combatiendo por nuestra independencia no nos creemos separados del emperador: además en este momento nuestra causa es comun; se trata de preservar á la Alemania y al imperio de ese hombre cuyo espíritu no conoce descanso ni límites sus deseos. Vencidos nosotros, tratará de poneros á vosotros bajo su dominio. Enviadnos, pues, jinetes, arcabuceros, arqueros, pólvora, cañones y culebrinas, á fin de que podamos librarnos de ella. Además tenemos buena esperanza de que el negocio no será largo y de que concluirá bien. »

Escritas estas cartas, Nicolás de Scharnachtal, magistrado de Berna, fué á situarse en Morat con ocho mil hombres: era todo lo que los Suizos habian podido juntar hasta entonces.

Entretanto el conde de Romont habia penetrado en las tierras de la confederacion por Joug, que habian dejado los Suizos indefenso: despues inmediatamente habia marchado sobre Orle, del que tambien se retiraron los Suizos voluntariamente y delante de él: por último habia llegado á la vista de Iverdum, y puesto sitio á esta ciudad situada al extremo Sud-oeste de Neuchatel, y se preparaba á dar el asalto al dia siguiente, cuando durante la noche introdujeron un fraile de San Francisco en

su tienda: venia en nombre del partido borgoñon y en el de los habitantes de Iverdum, que sentian haber pasado al dominio suizo, á ofrecer al conde el medio de penetrar en la ciudad. Este medio era fácil de hacerlo comprender y mas fácil aun de ejecutar: dos casas borgoñonas estaban contiguas á las murallas, sus solares estaban pegados á los muros, y no habia mas que hacer un agujero é introducir por él á la gente del conde de Romont.

Fué adoptada la proposicion ofrecida: en la noche del 12 al 13 de enero, en el momento en que la guarnicion, á excepcion de los centinelas y demás que estaban de guardia, dormian el primer sueño, fueron introducidos en la ciudad los soldados del conde de Romont, y se derramaron al momento por las calles gritando: ¡Borgoña! ¡Borgoña! ¡la ciudad esta tomada! A los gritos y al sonido de las trompetas que los acompañaban, la ciudad se llenó de tumulto; los Suizos salieron medio desnudos de las casas: los borgoñones quisieron entrar en ellas; y se batieron en las calles, en los umbrales de las puertas y en el interior de las habitaciones. En fin, gracias á la palabra de orden de noche de la plaza, repetida en alta voz en una lengua que sus enemigos no comprendian, lograron los Suizos reunirse en la plaza, y desde allí bajo el mando de Hamsen Schurjof, de Lucerna, se abrieron paso por medio de los borgoñones con ayuda de sus largas picas, é hicieron su retirada hasta el castillo, donde los recibió Hans Muller de Berna, que mandaba en él.

El conde de Romont los seguia á un tiro de distancia: comenzó el sitio del castillo, en el que no debia tardar en introducirse el hambre, pues además de lo mal provisto que estaba, habia faltado

tiempo para traer víveres : los soldados y el nuevo refuerzo de guarnicion que acababa de entrar debian apurar pronto los pocos que habia. Sin embargo, no desmayaron los Suizos. Demolieron los edificios que no eran estrictamente necesarios, trasladaron sus escombros á las murallas, y cuando el conde de Romont quiso intentar el asalto, hicieron llover sobre sus soldados el granizo mortifero que Dios habia enviado á los Amorreos. Entonces viendo el conde de Romont la imposibilidad de escalar las murallas, hizo cegar los fosos con paja, zarzas y pinos enteros, y despues que hubo rodeado la fortaleza de materias combustibles mandó ponerlas fuego, y en menos de media hora la fortaleza se vió con un cinturón de llamas sobre las cuales levantaban apenas sus cabezas las torres mas altas.

Los mismos borgoñones miraban aquel espectáculo con cierto terror, cuando se abrió una de las puertas, se bajó el puente levadizo en medio de las llamas, como un puente sobre el Tártaro, y la guarnicion toda entera cayó sobre los espectadores, que mal preparados para aquella salida, echaron á huir desordenados, arrastrando consigo al conde de Romont herido. Entonces, sin perder tiempo, una parte de los sitiados apagó el incendio, mientras los otros se esparcian por el pueblo, entraban en las casas, recogian apresuradamente los víveres de sus enemigos y regresaban á la ciudadela con cinco cañones y tres carros de pólvora.

Al otro dia, los borgoñones mal recobrados aun de aquella sorpresa, oyeron á los sitiados dar grandes gritos de alegría, y al mismo tiempo vieron llegar por el camino de Morat un refuerzo de hombres, que Nicolás de Scharnachtal enviaba para so-

correr á la guarnicion. Tomaron á aquellos hombres por la vanguardia del ejército confederado, y temiendo verse envueltos entre dos fuegos, abandonaron á Iverdum. Sus habitantes, que eran borgoñones de corazon, siguieron al ejército. La noche siguiente fué entregada la ciudad á las llamas, y al resplandor de aquel inmenso incendio, los Suizos con su artillería, banderas desplegadas y trompetas á la cabeza, se retiraron al castillo de Grandson, que se habia convenido en defender hasta el último extremo.

Apenas se habian encerrado allí, cuando llegó todo el ejército del duque : habia salido de Besanzon el 6 de febrero, habia llegado á Orbe el 11 y permanecido allí muchos dias, y el 19 por la mañana habia venido á acampar delante de la ciudad á la que habia resuelto sitiar en persona. El mismo dia intentó un asalto, en el que fué rechazado con pérdida de doscientos hombres : cinco dias despues ordenó otro, adelantó á pesar de las máquinas al pié de la muralla, á la que habia hecho arrimar las escalas, cuando los Suizos abrieron las puertas, salieron como en Iverdum, despeñaron á los escaladores y mataron cuatrocientos borgoñones. El duque cambió entonces de posicion, colocó las baterías en los puntos elevados y bombeó el castillo. En aquel extremo Jorge de Stein, comandante de la guarnicion, cayó enfermo; Juan Weiller, jefe de la artillería, fué muerto sobre una culebrina que apuntaba él mismo, y últimamente el almacén de pólvora, fuese por traicion ó por imprudencia, se voló : de modo que la guarnicion llegó á un estado tan desesperado, que dos hombres salieron de noche, atravesaron el lago á nado, por en medio de las

barcas de los borgoñones y corrieron á Berna a implorar auxilio en nombre de la guarnicion de Grandson.

Pero llegaron demasiado pronto : los hombres de las antiguas ligas no habian respondido todavía al llamamiento de sus hermanos, los socorros del imperio no habian llegado aun : Berna se hallaba reducida al núcleo de su ejército, del que habia sido nombrado jefe Nicolás de Scharnachtal. La menor tentativa imprudente destruía la esperanza que descansaba en aquella reducida tropa, dispuesta á sacrificarse, no para socorrer un castillo, sino para salvar la patria. Los de Berna se contentaron, pues, con enviar un convoy de viveres y municiones, que llegó á Estavaller; pero la ciudad de Grandson estaba bloqueada por la parte del lago como por la de tierra, y Enrique Dittlinger que mandaba aquella inútil expedicion, divisó desde lejos la fortaleza medio desmantelada, vió las señales de apuro, pero no pudo aventurarse con su débil escolta á llevarles socorro alguno.

La guarnicion que se habia reanimado por un instante, recibió con esto un terrible golpe al ver la impotencia de sus hermanos para aliviarlos. Entonces comenzaron á estallar las disensiones entre los jefes : Juan Weiller, que habia sucedido en el mando á Jorge de Stein, pidió que se rindiesen, mientras que Hans-Muller, el capitán de Iverdum, que mandaba siempre la decidida guarnicion que tan bien se habia defendido, dió la orden de no abrir ninguna puerta ni poterna sin mandato de los señores aliados.

En tal estado y en medio de aquellas disputas, se presentó un gentil-hombre del imperio de parte del

margrave Felipe de Baden, que venia á proponer á la guarnicion condiciones honrosas. Era un hombre del pais hablando la lengua alemana. Aquella confraternidad del idioma dispuso á la guarnicion en su favor, y su discurso acabó de lograr por el terror lo que su presencia habia principiado. Según él, Friburgo habia sido entrado á sangre y fuego, se habia degollado á todos sus habitantes sin misericordia, desde el anciano próximo al sepulcro, hasta el niño dormido en su cuna. Al contrario, las gentes de Berna que habian humildemente pedido gracia á monseñor y que le habian presentado las llaves de su ciudad en una bandeja de plata, habian sido perdonadas. En cuanto á los Alemanes de las orillas del Rhin, habian roto la alianza, y era preciso no contar con ellos. La guarnicion habia hecho seguramente bastante en Iverdum y en Grandson para su gloria personal y para la salvacion de la patria, que no habia podido salvar. Monseñor se hallaba muy admirado de su valor, y en lugar de castigarles prometia recompensas y honores. Todas estas ofertas estaban garantidas bajo el honor de monseñor Felipe de Baden.

Entonces hubo gran emocion entre los sitiados. Hans-Muller persistió en su opinion de que era preciso sepultarse bajo las ruinas del castillo antes que rendirse, y citaba á Brey en Lorena, donde el duque habia hecho iguales promesas que no habia cumplido. Pero su adversario Juan Weiller le contestó, que esta vez monseñor Felipe garantizaba el tratado, y demostró la imposibilidad de resistir á un ejército tan grande que cubria hasta perderse de vista las llanuras, los campos y los valles. En aquel momento algunos soldados ganados por mujeres de

mala vida que habian pasado á la ciudad desde el campamento borgoñon , se amolinaron gritando que habia llegado la hora de entregarse puesto que todos los medios de defensa se hallaban apurados. Hans-Muller quiso responder ; pero su voz fué cubierta y sofocada por los murmullos. Weiller se aprovechó de aquel momento para que triunfase la rendicion, se dieron cien escudos al parlamentario con el fin de adquirir su proteccion, y la guarnicion sin armas y conducida por él, salió del castillo y se dirigió hácia el campamento, entregándose enteramente á la misericordia del duque de Borgoña.

Carlos oyó un grande rumor en su ejército y se presentó en seguida al umbral de su tienda, y entonces vió dirigirse hácia él los ochocientos hombres de Grandson.

— ¡Por san Jorje ! dijo á la vista de aquel espectáculo que estaba lejos de esperar, ¿ qué gentes son esas ? ¿ qué vienen á pedirme, ó qué noticias me traen ?

— Monseñor, dijo el fatal embajador que tan bien habia desempeñado su mision, es la guarnicion del castillo que viene á entregarse á vuestra voluntad, discrecion y gracia.

— Entonces, dijo el duque, mi voluntad es de que sean ahorcados, y mi gracia que se les conceda el tiempo necesario para pedir á Dios perdón de sus pecados.

Al decir estas palabras, á una señal del duque los prisioneros fueron rodeados y distribuidos en grupos de á diez, quince y veinte, se les ataron las manos á las espaldas, y se hicieron de ellos dos partes, la una para ser ahorcados y la otra para ser

ahogados. La guarnicion de Grandson fué destinada á la cuerda, y la de Iverdum al agua.

Se notificó aquella sentencia á los Suizos : la escucharon con calma. Apenas fué pronunciada, cuando Weiller se arrodilló á los piés de Muller, y le pidió perdon de haberle arrastrado á su perdicion. Muller le levantó, le abrazó á la vista de todo el ejército, y nadie pensó en reconvenir á otro de su muerte.

Entonces llegaron las gentes de Estavaller, que tanto antes habian maltratado los Suizos y los de Iverdum, cuya ciudad acababan de quemar. Acudian reclamando el oficio de verdugos que les fué concedido.

Una hora despues comenzó la ejecucion.

Se emplearon seis horas en colgar la guarnicion de Grandson de todos los árboles que rodeaban la fortaleza, á algunos de los cuales llegaron á cargar con diez ó doce cadáveres. Despues de terminada esta ejecucion, dijo el duque :

— Para mañana los del agua ; no conviene gastar todos los placeres en un día.

Al día siguiente despues del desayuno entró el duque en una barca ricamente preparada : tenia tapices, almohadones de terciopelo y velas bordadas ; su pabellon de Borgoña flotaba en el mástil. Esta barca formó el centro de un gran círculo compuesto de otras cien barcas cargadas de arqueros. Se condujo á los prisioneros al medio de aquel círculo precipitándolos en el lago unos despues de otros. Cuando volvian á subir en la superficie, se les golpeaba con los remos, ó se les atravesaba á flechazos.

Todos murieron como mártires, sin que uno solo pidiese misericordia : eran mas de setecientos.

LA BATALLA.

Mientras que se hacia aquella terrible ejecucion, los confederados reunian sus tropas : se habian agregado á Nicolás de Scharnachtal y á sus ocho mil berneses, Pedro de Faucignes, de Friburgo, con quinientos hombres; Pedro de Romistal con doscientos de Biene; y Conrado Bog, con ochocientos de Soleura. Entonces Nicolás de Scharnachtal se aventuró á hacer un movimiento y marchó sobre Neuchatel : apenas estuvo alli, se le reunió Enrique Goldli, con mil quinientos hombres de Zurich, Baden, Baumgarten y de los paises de al rededor, que llamaban Bailíos libres; despues Peterman Rot con ochocientos hombres de Basilea; Hasfurter, con ochocientos de Lucerna; Raoul Resing, con cuatro mil de las antiguas ligas alemanas que comprendian á Schwitz, Uri, Untelwalden, Zug y Glaris; luego el contingente del departamento de Strasburgo, que se componia de cuatrocientos caballeros y de mil doscientos arcabuceros, sin contar doscientos caballeros armados por el obispo, además las gentes de las villas de Saint-Gall, de Schaffausen y de Appenzell; y últimamente Hermann de Eptingen con los soldados y vasallos del archiduque Sigismundo.

Supo el duque la aproximacion de aquel nublado

de enemigos, pero se alarmó poco, porque reunidos todos juntos formaban apenas la tercera parte de su ejército : además la mayor parte de ellos apenas merecian el nombre de soldados ; no obstante , no dejó de tomar por esto algunas precauciones estratégicas. Se adelantó con los arqueros de su guardia para ocupar el antiguo castillo de Baus-Maraís que dominaba el camino de Grandson á Neuchatel, muy estrecho en aquel punto por las montañas y el lago, pero en vez de hallar en el señor que le guarnecía la resistencia que habia experimentado él mismo en Grandson y el conde de Romont en Iverdum, vió al aproximarse que le abrian las puertas de la fortaleza y salia á recibirle el señor de Baus-Maraís, sin armas y sin escolta. Se dirige á su encuentro, se arrodilla á sus piés como ante su amo y señor, pidiéndole por favor su gracia y servicio en su ejército. Las dos casas le fueron otorgadas ; sin embargo , el duque juzgó prudente emplearle en otra parte que en su señorío ; por consiguiente le hizo salir con su guarnicion y puso en su lugar y empleo á Jorge de Rosembos, con cien arqueros para guardar el castillo rendido y las alturas de las inmediaciones.

Los Suizos por su parte avanzaban viniendo á Neuchatel y se colocaban detrás del Reuss, pequeño rio que tiene su nacimiento en el templo de las Hadas, y desemboca en el lago, entre Labiel y Cortaillod. Los Suizos marchaban paso á paso y tímidamente, no sabiendo dónde hallarian á sus enemigos. En cuanto á los Borgoñones, llenos de confianza, se habian descuidado de hacer hogueras, descansando en su fuerza y en su número.

El 4º. de marzo pasaron los Suizos el Reuss y

avanzaron hácia Gorgier; el 2, despues de oir misa en el campo de los señores de Lucerna, los hombres de Schwitz y de Thun, que formaban aquel dia la vanguardia, tomaron un camino en la montaña, dejaron á la izquierda el castillo de Baus-Marais, y llegados á la altura encontraron á Rosembos y sesenta arqueros. El encuentro fué la señal del combate; los arqueros lanzaron sus flechas: los Suizos armados únicamente con sus espadas y picas continuaron marchando buscando el combate cuerpo á cuerpo, el único en que podian devolver á sus enemigos los daños que de ellos recibian. Los arqueros, demasiado débiles para sostener el choque, retrocedieron, los soldados de Thun y de Schwitz llegaron á ocupar el punto mas elevado de las alturas de Baus-Marais, desde donde divisaron todo el ejército borgoñon formado en órden de marcha, colocado á la orilla del lago delante de Concira, y de su ala izquierda abrazando toda la montaña, como podria hacerlo el cuerno de una media luna. Deluviéronse inmediatamente, examinaron bien la posicion del enemigo, y mandaron detrás de ellos cuatro hombres para hacérsela conocer á los diferentes cuerpos, y servirles de guia á fin de que desembocasen por los puntos mas importantes. Por su parte el duque descubrió tambien aquella vanguardia, y creyendo que aquello era todo el ejército, bajó del pequeño palafreu que montaba, mandó traer un gran caballo gris, todo cubierto de hierro como su dueño, y saltando sobre él: — Marchemos hácia esos villanos, gritó, aunque semejantes aldeanos son indignos de caballeros como nosotros.

El primer cuerpo que encontraron los cuatro mensajeros fué el que iba mandado por Nicolás de

Scharnachtal: inmediatamente que el bravo magistrado supo que se habia empeñado el combate, mandó redoblar el paso á sus soldados, y llegó al socorro de los de Thun y de Schwitz en el momento mismo en que el ejército borgoñon vacilaba por su lado. Aquella vanguardia, aunque apenas numerosa de cuatro mil hombres, no quiso dar á entender que temia el choque, y bajó en correcta formacion con pasos rápidos, pero conservando órden en sus filas hácia un pequeño llano, en medio del cual se alzaba la cartuja de la Lanza. Los Suizos se apoyaron en aquella cartuja: luego, como se oian los cánticos de los monjes que decian la misa, los confederados hicieron plantar en tierra sus picas, banderas y estandartes, se pusieron de rodillas, y tomando su parte en la misa que se decia y que para tantos hombres debia ser un funeral, comenzaron su oracion.

Como en aquel momento el duque no estaba distante de ellos mas que á tiro, se equivocó acerca de su intencion, y avanzando á su frente de batalla: — ¡Por san Jorge! exclamó: ¡esos canallas piden merced!... Al instante mismo los artilleros obedecieron: se oyó el estruendo de una descarga. El ejército borgoñon se vió envuelto en humo y los mensajeros de muerte penetraron en las filas arrojadas de los confederados, que continuaron su oracion á pesar de que algunos de sus parientes y amigos habian caído tendidos al lado de ellos sangrientos y mutilados. En aquel momento la campana del convento tocó al alzar la Hostia, y el ejército suizo se postró mas todavía, porque cada cual hacia su acto de contricion y pedia al Señor le recibiese en su gracia. El duque de Borgoña, que no

comprendia nada de aquella humildad, mandó una segunda descarga : los artilleros obedecieron, y las balas de piedra vinieron segunda vez á destrozar las filas de los piadosos soldados, que creian que los que fuesen muertos en semejante momento les serian mas útiles en el cielo con sus ruegos, que lo que podrian serlo en la tierra con sus armas.

Empero esta vez, cuando el viento hubo disipado el humo, el duque descubrió á los Suizos en pié, y avanzando hácia él, porque la misa se habia concluido.

Venian á paso de carga, formando tres batallones en cuadro todos erizados de picas; en los intervalos de aquellos batallones piezas de artillería marchando al mismo paso que aquellos haciendo fuego sin detenerse, y las alas de aquel inmenso dragon que arrojaba rayos, humo y ruido, compuesta de hombres armados á la ligera y mandados por Félix Schwarzmuer de Zurich y Herman de Mullinen, batian por un lado la montaña, y por el otro se extendian hasta el lago.

El duque de Borgoña pidió su bandera, la hizo colocar delante de él, se puso en la cabeza un casco de oro con una corona de diamantes, y queriendo atacar al buitre por el pico, marchó derecho hácia el batallon del centro mandado por Nicolás de Scharnachtal; el señor de Chateau-Guyon atacó el batallon de la izquierda, y Luis de Aimereis el batallon de la derecha.

El duque de Borgoña se habia adelantado tan imprudentemente, que no llevaba consigo mas que su vanguardia : á la verdad se componia de la flor de su caballería, así es que el choque fué terrible.

Hubo un instante de confusion, en que nada se

pudo ver, la artillería no tiraba ya, porque los artilleros no podian distinguir los amigos de los enemigos; el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal se encontraron, eran el Leon de Borgoña y el Oso de Berna : ni el uno ni el otro retrocedieron un paso; los dos cuerpos de ejército parecian inmóviles.

El señor de Chateau-Guyon, que mandaba la hermosa caballería del duque y que además de su valor tenia todavia un odio grande á los Suizos que le habian robado todos sus señoríos, se habia arrojado desesperadamente contra el batallon de la izquierda : así lo habia desordenado, penetrando en él cual una cuña de hierro en un tronco de encina. Ya no se hallaba mas que á dos pasos de la bandera de Schwitz y alargaba la mano para cogerla; pero habia todavia un hombre entre él y aquella bandera : este era Hanvinder Grub de Berna; levantó una espada ancha como una hoz, y pesada cual una maza; la espada gigantesca cayó sobre el casco del señor de Chateau-Guyon : era de demasiado buen temple para mellarse; pero la fuerza del golpe era tal, que el caballero aplastado como bajo del de un martillo cayó del caballo. Al mismo tiempo Enrique Elsener de Lucerna se apoderaba del estandarte del señor de Chateau-Guyon.

A la derecha, la fortuna era todavia mas contraria á los borgoñones : al primer choque Luis de Aimereis habia sido muerto, le habia sucedido Juan de Lakain y habia sido tambien muerto; entonces tomó el mando el duque de Voitiescer, y habia sido tambien muerto. Así por este lado los borgoñones no solo no habian tenido ninguna ventaja, sino que aun habian perdido mucho terreno; de modo que

en aquel momento era el ala izquierda de los Suzos la que se extendía á la orilla del lago, y envolvía el ala derecha del duque de Borgoña; el mismo movimiento se ejecutó en la otra ala, cuando cayó el señor de Chateau-Guyon. Entonces fué el duque Carlos el que se encontró en peligro; Saint-Sorlain y Pedro Lignara habian caido á su lado; su portaestandarte habia sido derribado y se habia visto obligado á coger él mismo su bandera para evitar que cayese en manos de los enemigos: le fué, pues, forzoso batirse en retirada y retroceder, y esto lo hizo palmo á palmo, dando y recibiendo sin descanso, y esto por espacio de una legua, es decir, desde Concira á las orillas del Aunon. Allí el duque encontró su campamento y su ejército; cambió de casco y de caballo, porque el casco estaba todo abollado: un golpe de maza habia roto la corona, y el caballo chorreando sangre podia apenas sostenerse. En seguida fué él á su vez el que volvió á la carga. En el mismo momento, á su izquierda, vió el duque aparecer en las cumbres de las colinas de Champignis y de Rombillars una nueva tropa de enemigos doble por lo menos de los que tan rudamente le habian perseguido. Aquella tropa bajaba rápidamente y con ruido, hacia fuego de artillería sin dejar de correr y gritando con un solo grito durante los intervalos de las descargas: — ¡Grandson, Grandson!... Se volvió entonces para hacer frente á aquellos nuevos enemigos que no habian todavía tomado parte en el combate y llegaban de refresco y terribles. Pero apenas se habian ejecutado las maniobras que acababa de mandar, cuando se dejó oír por otro lado el sonido de las trompas de los hombres de Uri y de Unterwalden. Estas

eran dos cuernos gigantescos que habian sido regalados á sus padres, el uno por Pepino y el otro por Carlo-Magno, cuando aquellos titanes de la monarquía franca habian atravesado la Suiza, que á causa de sus mugidos los habian llamado la vaca de Unterwalden y el toro de Uri. A aquel ruido desconocido y temible, se detuvo el duque,

— ¿Qué es eso? exclamó.

— Son nuestros hermanos de las antiguas ligas suizas que habitan las altas montañas, y que tantas veces han derrotado á los Austriacos, respondió un prisionero que habia oido la pregunta: son las gentes de Glaris, de Uri y de Unterwalden..... Desgraciado de vos, monseñor, porque son las gentes de Morgarten y de Sempach.

— Sí, sí, desgraciado de mí, dijo el duque, porque si su simple vanguardia me ha causado ya tanto mal, ¿qué será cuando tenga que habérmelas con todo el ejército?

En efecto, todo el ejército atacaba el campo del duque por tres puntos diferentes, y al primer choque aquella multitud de mujeres y de mercaderes arrojándose en medio de los soldados, introdujo el desorden entre los borgoñones. Ya el campo habia sido desordenado con la retirada del duque y de sus mejores soldados: despues á la vista de aquellos hijos de las montañas, y á sus gritos salvajes, los Italianos espantados huyeron los primeros; poco tiempo despues estallaron á la vez los cañonazos por tres puntos, y las balas de las culebrinas atravesaron aquella multitud, tres veces mas considerable en verdad, que los que los atacaban; pero que no esperando ser atacada, no se hallaba en sus filas, no tenia jefes ni oía órdenes. El duque corria

gritando por aquella masa vacilante, llenaba de injurias á los soldados, les daba golpes con su espada, cargaba á los enemigos mas avanzados con algunos de los mas decididos y mas fieles, y volvía despues á sus tropas, que encontraba mas conmovidas y desordenadas aun que cuando las habia dejado. En fin, cada cual se echó á huir por su lado sin que nada bastase á contenerlos impelidos por un terror pánico: los unos por la montaña, los otros por el lago y otros por el camino; tanto que el duque quedó el último en el campo de batalla solo con cinco de sus servidores, hasta que viéndolo todo perdido, se puso á huir tambien seguido de sus buñón que galopaba en su pequeño caballo y gritaba con voz cómica y lamentable á la vez: — ¡Oh! ¡monseñor, monseñor! ¡qué retirada! ¡qué *annibalados* estamos!

El duque corrió así sin parar durante seis horas hasta la ciudad de Jougá en el paso del Jura. Inmediatamente que el campo de batalla fué evacuado por los enemigos, los Suizos se postraron de rodillas y dieron gracias á Dios por haberles concedido una victoria tan brillante; despues procedieron con regularidad al saqueo del campo.

Porque el duque Carlos lo habia abandonado todo, tienda, capilla, armas, tesoros y cañones: y sin embargo, por algun tiempo todavía, á excepcion de los útiles de guerra, los Suizos estuvieron lejos de conocer el valor de su presa: tomaban los diamantes por vidrio, el oro por cobre y la plata por estaño: las tiendas de terciopelo, las telas de oro y de damasco, los encajes de Inglaterra y de Malinas fueron divididos entre los soldados, despues de cortadas á varas, y cada cual se llevó su parte.

El tesoro del duque se dividió entre los aliados: todo lo que era plata fué medido en cascós; todo lo que era oro fué medido á puñados.

Cuatrocientas piezas de artillería, ochocientos arcabuces, quinientos cincuenta estandartes y veinte y siete banderas fueron divididas entre las ciudades que habian suministrado un contingente de soldados para la confederacion; Berna tuvo además la caja de cristal, los apóstoles de plata y los vasos sagrados, como ciudad que habia tomado la mayor parte en la victoria.

Un soldado encontró un diamante del grueso de una nuez dentro de una cajita guarnecida de piedras finas; arrojó el brillante, que tomó por un pedazo de cristal cual otros que habia recogido á veces en la montaña, y se guardó la caja; sin embargo, despues de haber dado unos cien pasos, lo pensó mejor, y volvió á buscarlo. Lo halló bajo la rueda de una carreta, lo recogió y lo vendió por un escudo al cura de Montagner. De este pasó á manos de un mercader llamado Bartelemis que lo vendió á la república de Génova, que lo volvió á vender á Luis Sforza llamado el Moro: despues de la muerte de este duque de Milan y de la caída de su casa, Julio II lo compró por la suma de veinte mil ducados. Habia adornado la corona del Gran Mogol, y brilla hoy en la tiara del papa. Este diamante está valuado en dos millones.

En el punto donde habia tenido lugar el primer choque entre el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal, se encontraron sobre la arena otros dos diamantes que un golpe de espada habia hecho saltar de la corona que brillaba sobre el casco del duque. El uno de ellos fué comprado por un rico

mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á vendérselo á Carlos V, porque Carlos V le debía ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo expresamente un viaje á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los Españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato, último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres dias despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinacion. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al día siguiente hizo el camino á pié; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobrepelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oracion y depositó trescientos escudos sobre el altar.

PORQUÉ NO HABRA JAMAS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando hube recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y encontrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba en medio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesía de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los Suizos habian hecho tanta resistencia pocos dias antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los Helvecios quemaron cuando abandonaron su país para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué, como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los Romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hicieronla una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se extendia entonces sobre un terreno tan grande que el circúito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.